

Semana del 20 al 26 de Mayo de 2018. DOMINGO DE PENTECOSTÉS

"Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu... y todos hemos bebido de un sólo Espíritu"

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Hech 2,1-11: "Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar"

Salmo: 103,1ab y 24ac.29bc-30.31 y 34: "Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra"

2ª Lectura: 1Cor 12,3b-7.12-13: "Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo"

Evangelio: Jn 20,19-23: "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo"

Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 20,19-23)

+++ Gloria a Ti, Señor

Ese mismo día, el primero después del sábado, los discípulos estaban reunidos por la tarde, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se puso de pie en medio de ellos y les dijo: "¡La paz esté con ustedes!" Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron mucho al ver al Señor. Jesús les volvió a decir: "¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, así los envío yo también."

Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo: a quienes descarguen de sus pecados, serán liberados, y a quienes se los retengan, les serán retenidos."

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Hace pocas semanas que leímos este pasaje del Evangelio ¿se acuerdan? Fue en el Segundo Domingo de Pascua, para la Fiesta de la Divina Misericordia, sólo que en aquella ocasión la lectura era un poco más extensa, pues debíamos fijar la mirada en otros aspectos, para analizar la incredulidad de Tomás y meditar sobre esas santas llagas, de las cuales brotó la infinita misericordia del Señor para derramarse sobre toda la humanidad...

Hoy sería conveniente que centráramos nuestra atención en el miedo, en la paz, en el Espíritu Santo y en el perdón de los pecados. Pero... como que son muchas cosas, ¿verdad? ¡Demasiadas!

Mejor quedémonos con el miedo y el Espíritu Santo, así abarcamos menos (y apretamos más), pues también será bueno referirnos a la Primera y la Segunda Lectura que nos trae la Liturgia de esta semana.

Releyendo este Evangelio podemos darnos cuenta –lo decimos sin vueltas— de que los discípulos estaban muertos de miedo. Y además, como hemos explicado hace algunas semanas, era muy comprensible que así fuera: Todos tenemos algo de miedo a lo desconocido, y en aquel momento, nadie podría haberse aventurado a decir lo que les esperaba a todos ellos.

Si lo pensamos bien, las puertas cerradas eran poca precaución, pues hacía pocos días que habían visto el espantoso asesinato de su líder... Si en ese tiempo hubieran existido las alarmas, o unas buenas cámaras de vigilancia, no dudemos de que los Apóstoles hubieran tratado de conseguirse algo de eso y un poco más.

De pronto Jesús se les aparece y sopla, y con ese soplo, del que nos habla hoy nuevamente San Juan, se inicia la re-Creación de la humanidad: una humanidad nueva sobre bases nuevas, aunque sin borrar "de un plumazo" los miles de años de vida que venía arrastrando el pueblo judío, ni sus tradiciones ni sus leyes, pues Jesús mismo había dicho que no vino para abolir la Ley, sino para hacerla más perfecta. (Cfr. Mt 5,17).

¡Pero ese soplo...! Ese soplo que es la prefiguración, el preámbulo, algo así como el prólogo del Gran Pentecostés, debe traernos a la memoria aquel primer soplo, narrado en el libro del Génesis, con el cual Dios insufló la vida espiritual en el primer hombre de la Tierra: ese Adán que le falló, porque no estuvo a la altura de las circunstancias, del perfecto plan de Dios.

Y de allí podría venir ahora nuestra primera reflexión: ¿Estaremos nosotros "a la altura de las circunstancias"? ¿Tendremos la capacidad de afrontar el "mega-desafío" de vivir de acuerdo con los planes de Dios...?

Ciertamente que solos, no. No podemos hacer nada solos (¡entendámoslo de una vez!) y es por eso que Dios nos hace el "Don de los dones", el Gran Regalo... No sólo se nos entrega en la Segunda Persona que es Cristo (que murió por nosotros y por nosotros se hizo prisionero en la Sagrada Hostia) sino que ahora también se nos entrega en la Tercera Persona, el Espíritu de Amor, que es precisamente Quien viene a garantizar la **eternidad** de la Nueva Alianza, pues si fuera sólo por nosotros, ya hubiésemos roto el nuevo pacto, definitivamente, millones de veces: Si por nosotros fuera, viviríamos encerrados en nuestros miedos, nuestras debilidades, nuestras miserias y comodidades...

Nuestros padres fundadores, están contribuyendo en la elaboración de este compendio, con breves "semillitas" que vamos esparciendo en las catequesis de cada semana, pero la de hoy la vamos a poner toda junta en los siguientes párrafos:

El Señor nos regala, a través de Su Santo Espíritu, el valor para la misión. Lo que nos pida que hagamos, primero nos lo dará; jamás va a pedirnos realizar una misión que está más allá de lo que podemos hacer. Lo grave es que muchas veces estamos paralizados, o por miedo al desafío que tenemos por delante, o porque queremos hacer las cosas como se nos antoja y en el medio que nos es más cómodo, o con los medios que sobran, sean espirituales, intelectuales o materiales. ¡Pero no funciona así!

¿Cómo discernir? Las cosas de Dios son claras, transparentes... si estás en Gracia y te mantienes en oración, Él obra milagros y maravillas a través de ti, y lo que de pronto comienza con la conversión de una persona, repentinamente se convierte en una cascada de Gracia y se da el milagro de muchas conversiones o transformaciones interiores. ¿Qué es necesario para que suceda esto? La Humildad es la llave que abre las puertas del corazón, para que nos inunde el Espíritu Santo. La obediencia es la garantía de que las cosas se harán como deben de hacerse.

Con esta riqueza que acabamos de leer, volvamos al soplo del que hablábamos... Aquel soplo hizo que el pánico que sentían los Apóstoles se fuese disipando como el humo. Y el Fuego de Pentecostés, cincuenta días más tarde, arrojaría por la ventana, de una vez y para siempre, cualquier resto de miedo o duda que pudiera haberles quedado en el alma.

“Les conviene que yo me vaya”, les había dicho Jesús a sus amigos mientras se despedía en la Última Cena (Jn 16,7) y en ese momento seguramente nadie le habrá entendido nada... Las despedidas siempre aturden, y en ésta, según nos comparte San Juan, Jesús les vino a condensar toda su doctrina. Eran muchas emociones, demasiada información, ¡y toda junta!

Allí les había preanunciado varias veces que les mandaría al “**Espíritu Consolador**”, pero ellos no entendían. Y no podían entender porque, para empezar, ni siquiera se habían llegado a sentir aún “desconsolados”, sino que apenas comenzaban a entristecerse con los anuncios del Maestro. Se les ofrece una “fuente de consuelo” cuando todavía no se sienten desconsolados.

A nosotros también nos pasa lo mismo con frecuencia: Muchas veces nos hablan, nos predicán, nos aconsejan, nos piden algo, nos hacen un encargo y no entendemos nada. Directamente no sacamos provecho de lo que oímos, de lo que vemos, de lo que leemos, de lo que hacemos... Estamos tristemente cerrados al Espíritu Santo, que muchas veces pareciera ya no hallar la forma de hablarnos, para que le entendamos y tomemos el camino adecuado...

¡Pentecostés!, día del Espíritu Santo, día en que se celebra a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, al “Gran Desconocido”, como insistía en llamarle Mons. Escrivá de Balaguer, seguramente con el deseo de despertar nuestra curiosidad sobre Él, a ver si leyendo un poco más al respecto, terminábamos por abrir nuestros corazones a su influjo.

Pentecostés es también el aniversario de fundación de nuestra Iglesia, pues fue gracias al don del Santo Espíritu que los Apóstoles se hicieron “Apóstoles” (es decir, misioneros), vencieron sus temores y, recordando todo lo que Jesús les había enseñado, iniciaron la predicación, los bautismos y la fundación de las primeras comunidades cristianas.

Las tres lecturas de este domingo nos ofrecen bastante material, como para reflexionar detenidamente sobre el Espíritu Santo, y sobre todas las maravillas que Dios quiere hacer en nosotros a través de Él. Conviene que releamos toda la Liturgia de la Palabra (de la que aquí hacemos una breve síntesis), porque en su maldad, el enemigo de las almas, también trata de confundirnos con falsas representaciones del Espíritu Santo... bailes, danzas, unciones, fuego... y si escarbamos, seguimos viendo las mismas miserias humanas debajo de todo el show.

En la Primera Lectura, se nos relata lo que sucedió el mero día de Pentecostés, cuando los apóstoles estaban reunidos en el Cenáculo de Oración y recibieron la efusión del Espíritu, que llegó en medio de un ruido intenso, tan fuerte que movilizó a toda una muchedumbre y la hizo congregarse a las puertas de ese lugar, para averiguar qué era lo que estaba ocurriendo.

Era la fiesta judía de Pentecostés y en esa época, los judíos festejaban la promulgación de la Ley de Dios a Moisés. Con ese motivo, se reunían en Jerusalén grandes cantidades de personas, provenientes de diversos lugares, para acudir al Templo.

Mientras tanto, en el interior del Cenáculo, los apóstoles recibían el Espíritu en forma de lenguas de fuego, que se posaron sobre las cabezas de cada uno de ellos. Lenguas de fuego que encendían sus corazones, que los transformaban definitivamente, convirtiéndolos en brasas de amor, brasas que ya no podrían ser apagadas sino por la muerte, y que los llevarían a difundir la Buena Nueva de la Redención por el mundo entero, hasta encontrarse con el Martirio. ¡Ese es el verdadero bautismo de fuego!: amor, obediencia y abnegación.

La maravillosa presencia del Espíritu Santo tiene para nosotros, los cristianos, un efecto transformador inigualable: Hasta ese momento, la Ley era una norma externa, que venía prácticamente “impuesta”, y que debía ser obedecida. Estaba escrita en dos tabloncillos de piedra, y es el Espíritu Santo, en Pentecostés, el que cumple la profecía de Jeremías y la inscribe en los

corazones de las gentes (Cfr. Jer 31,33), transformando la regla fría en un estilo de vida, en algo que ya no se “debe” sino que se “quiere” hacer. Ya no se obedece por obligación, sino que se sigue, se vive, porque se ama.

Será quizás por eso que hay tanta similitud entre lo que sucedió aquel día de Pentecostés y lo que había ocurrido en el Sinaí, el día en que los Diez Mandamientos fueron entregados a Moisés: El libro del Éxodo nos dice al respecto que aquel día *“Todo el pueblo percibía el estruendo de los truenos y los relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte humeante, y temblando de miedo se mantenían a distancia.”* (Éxodo 20,18)

En la Primera Lectura de este domingo leemos que: *“...de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio, que resonó en toda la casa donde estaban; y vieron aparecer unas lenguas, como de fuego, que se repartían, posándose encima de cada uno... Al oír el ruido, se juntó la multitud asustada y quedaron desconcertados...”* (Hechos 2,2-3,6a)

En el primer caso, la gente escapó, y en el de los apóstoles se acercó, pero notemos que hay varios elementos similares entre ambos sucesos: un gran estruendo, fuego y mucho temor en el pueblo, que atestiguaba lo que estaba ocurriendo. ¡Era muy importante lo que sucedía ahora! El profeta Joel lo había anunciado ya muchos años antes: *“...derramaré mi Espíritu sobre todo mortal, y profetizarán sus hijos y sus hijas...”* (Joel 3,1) Jesús lo había prometido varias veces (Jn 15 y 16)

Un símbolo precioso que podemos encontrar en este pasaje de la Escritura, relacionado precisamente con la promesa que dice *“todo mortal”*, es la concentración de gentes de tantas naciones en torno a lo que sucedió en el Cenáculo. Se podría decir que Dios había llevado allí representantes de todo el mundo, frente a los apóstoles, para que a partir de ese día, los apóstoles tomaran el valor de salir, representando a Dios por todo el mundo.

Todos aquellos que escucharon la predicación de Pedro, vienen a ser como embajadores de todas partes, que tuvieron el privilegio de presenciar el “lanzamiento” de la Buena Nueva de Jesucristo, de boca del primer Pontífice. Esos “embajadores”, no eran más que las primicias, el inicio de la universalidad del mensaje de la salvación, y de todas las maravillas que realizaría luego el Espíritu de Dios, a través de Su Iglesia, en el mundo entero.

El día de Pentecostés fue como la semillita de mostaza (de la que hablaba Jesús), que luego daría lugar a tantísimas instituciones, ministerios, congregaciones, órdenes, institutos y todo aquello que, a lo largo de los años, ha hecho florecer nuestra Iglesia, COMO UN SOLO CUERPO.

Es muy importante para nosotros, estar siempre conscientes de que, como decía la Segunda Lectura del domingo, todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo con Cristo, que es la Cabeza. Todos fuimos bautizados en un mismo Espíritu, porque como confesamos con nuestro Credo, hay UN SOLO BAUTISMO... Los que dicen que hay otro, probablemente no sepan lo que están diciendo, no estén en plena comunión con la Iglesia, o peor aún: les convenga en lo personal hacer creer que hay “otros bautismos”, para jalar gente, poder y aplausos...

Un solo cuerpo camina siempre unido, y actúa únicamente conforme a lo que la Cabeza ordena. Nuestra vida no está destinada a la individualidad, pues la Iglesia es, ante todo, una comunidad. Jesús nos quiere tan unidos como lo están Él y Su Padre, en el Amor del Santo Espíritu, y no que cada cual ande tirando para su lado, velando sólo por su ministerio, por su pequeña comunidad, por su “Centro Local”, etcétera. ¿Verdad que estamos un poco lejos de ello? Recemos para que el Santo Espíritu de Amor y Unión viva cada día más en todos nosotros.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Estoy alerta a las inspiraciones del Espíritu Santo? ¿Lo invoco con frecuencia, pidiéndole que venga a mí, para iluminarme y fortalecerme? ¿Qué tengo que hacer para dar mejor testimonio de que Jesús vive en mi corazón?
- b) Cuando el Espíritu Santo me habla por medio del Evangelio, de la homilía del sacerdote, o a través de las palabras de algún hermano ¿lo escucho y lo obedezco, o lo hago a un lado y sigo haciendo mi voluntad, porque me es más cómodo, porque me gusta más o porque me conviene?
- c) El Catecismo nos enseña que la primera obra de la gracia del Espíritu Santo es **la conversión**, y no las manifestaciones espectaculares o los dones prodigiosos ¿en qué aspectos me ha ayudado la gracia de Dios para convertirme hacia Él hasta hoy, y en qué puntos necesito pedirle con mayor insistencia que me ayude? ¿Qué es lo que más me está impidiendo ser santo...? ¿Estoy luchando contra ello como debo y puedo, apoyado en la oración, los sacramentos y el ayuno?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concederá la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo: Cánones: 696, 689, 701, 1988, 1989

696 El fuego. Mientras que el agua significaba el nacimiento y la fecundidad de la Vida dada en el Espíritu Santo, el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. El profeta Elías que “surgió como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha”, con su oración, atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo, figura del

fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, “que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías”, anuncia a Cristo como el que “bautizará en el Espíritu Santo y el fuego”, Espíritu del cual Jesús dirá: “He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!”. En forma de lenguas “como de fuego” se posó el Espíritu Santo sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de Él. La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo (Cfr. San Juan de la Cruz, Llama de amor viva). “No extingáis el Espíritu” (1Tes 5,19).

689 Aquél que el Padre ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo es realmente Dios. Consustancial con el Padre y el Hijo, es inseparable de ellos, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo. Pero al adorar a la Santísima Trinidad vivificante, consustancial e indivisible, la fe de la Iglesia profesa también la distinción de las Personas. Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su Aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero inseparables. Sin ninguna duda, Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela.

701 La paloma. Al final del diluvio (cuyo simbolismo se refiere al Bautismo), la paloma soltada por Noé vuelve con una rama tierna de olivo en el pico, signo de que la tierra es habitable de nuevo. Cuando Cristo sale del agua de su bautismo, el Espíritu Santo, en forma de paloma, baja y se posa sobre Él. El Espíritu desciende y reposa en el corazón purificado de los bautizados. En algunos templos, la santa Reserva eucarística se conserva en un receptáculo metálico en forma de paloma, suspendido por encima del altar. El símbolo de la paloma para sugerir al Espíritu Santo es tradicional en la iconografía cristiana.

1988 Por el poder del Espíritu Santo participamos en la Pasión de Cristo, muriendo al pecado, y en su Resurrección, naciendo a una vida nueva; somos miembros de su Cuerpo que es la Iglesia, sarmientos unidos a la Vid que es Él mismo: Por el Espíritu Santo participamos de Dios. Por la participación del Espíritu venimos a ser partícipes de la naturaleza divina... Por eso, aquellos en quienes habita el Espíritu están divinizados (San Atanasio).

1989 La primera obra de la gracia del Espíritu Santo es la conversión, que obra la justificación según el anuncio de Jesús al comienzo del Evangelio: “Convírtanse porque el Reino de los cielos está cerca”. Movidado por la gracia, el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto. “La justificación entraña, por tanto, el perdón de los pecados, la santificación y la renovación del hombre interior”.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM-119: Te hablaré de Pentecostés. Cuando llega del Cielo el rocío celestial y se asienta sobre las almas que esperan al Esposo vivo que fecunda las almas, todos los corazones buenos llaman a Mi Espíritu, pero no todos tienen el entendimiento que da la fusión entre Mí y ustedes. Me piden los dones que la Iglesia ha indicado a todos y está bien. Pero, ¿quién pide, no los dones, sino al Donante?, ¿quién se contenta con lo que Yo le doy?

7.- Virtud del mes: La Justicia. C.I.C. Cánones: 305 – 376 – 909 – 1807 – 1834.

Esta Semana veremos el canon 305, que dice lo siguiente:

305 Jesús pide un abandono filial en la providencia del Padre celestial que cuida de las más pequeñas necesidades de sus hijos: “No anden, pues, preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber...? Ya sabe su Padre celestial que ustedes tienen necesidad de todo eso. Busquen primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se les darán por añadidura” (Mt 6, 31-33; Cfr. Mt 10,29-31).

Y La Gran Cruzada nos dice:

ANA-7: Pidan para que todas las almas se conviertan... Porque los pueblos se estremezcan de temor. Que El que está sentado sobre los Querubines, reine; que todo el universo respete Su Presencia y que ninguna criatura tenga la osadía de oponerse a Sus leyes.

Busquen el Reino de Jesús que no consiste en las dulzuras de la vida presente: en beber, en comer, en divertirse; sino en la paz, en la justicia y en la santidad.

Buscar Su Reino es buscar Su Gloria: busquen aquello si quieren encontrar la eternidad.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Pediré cada vez con más frecuencia, la asistencia del Santo Espíritu: Su Luz para comprender la Voluntad de Dios, y su Fortaleza para actuar conforme a ella.

- **Con la virtud del mes:** Analizaré detalladamente cuáles son mis apegos, mis ataduras espirituales, para dejarlos a los pies de la Cruz de Cristo, en busca de la obediencia a la Divina Voluntad, a fin de hacerme una persona “justa” ante los ojos de Dios.

9.- Comentarios finales: Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.